

LA LITERATURA COLOMBIANA

(Continuación)

En el campo filosófico, la lucha se entabló, desde los tiempos del general Santander, entre los secuaces del utilitarismo benthamista y los defensores de la filosofía espiritualista y cristiana. Bentham—como lo observa don Ignacio Gutiérrez Ponce en la preciosa biografía de su padre—era admirado en el Nuevo Reino desde antes de la revolución, no precisamente como filósofo, sino como tratadista liberal avanzado, y esta admiración se convirtió en culto entre políticos como Santander, que conocieron personalmente al célebre pensador y recibieron de él muestras de consideración. Santander, católico practicante, fue el gran propagandista de un sistema contrario a la moral cristiana, y esta preferencia doctrinal vino a mezclarse con las cuestiones políticas, caracterizando, por largos años, a la escuela liberal. El más notorio expositor del utilitarismo en Colombia fue el doctor Ezequiel Rojas, natural de Miraflores, departamento de Boyacá, en donde nació en 1801. Ocupó distinguidos puestos en el profesorado y en la diplomacia y vivió rodeado de las consideraciones de sus copartidarios y discípulos, que acataban reverentemente su magisterio. Uno de ellos, el más elocuente, don José María Rojas Garrido, con esa exageración tropical que tanto daño ha hecho a estos países, llegó a escribir, con referencia a la *Filosofía de la moral*: «No más aplauso que el autor de este libro merecen Jorge Cuvier..., Roberto Fulton..., ni Willian Herschell...
... Estos... han magnificado la ciencia; pero incomparablemente es más fecundo en bienes para nuestro linaje el descubrimiento de la doctrina moral que da bases

indestructibles, antes desconocidas, a la organización social y política de los pueblos. Este descubrimiento lo debe el mundo científico al señor doctor Ezequiel Rojas.» El propio apologista condensa así la doctrina de su maestro: «La felicidad consiste en las sensaciones agradables; y la desgracia, en las sensaciones penosas. Como los actos humanos tienen la propiedad de producir sensaciones agradables y penosas, es claro que tienen la propiedad de ocasionar la felicidad y la desgracia. En tal virtud el *bien* es la sensación agradable y el *mal* la sensación penosa.» La aplicación de este principio al Derecho público constituía el gran descubrimiento del doctor Rojas y era el camino más seguro para garantizar la felicidad de los pueblos. El doctor Rojas era expositor claro y seco, y como escritor no se apartaba de la inamena tradición de su escuela, pues no brillaron tampoco por su estilo don Ramón Salas, ni Dumont, ni el propio patriarca británico. Con todo, justo es recordar, en honor de nuestro compatriota, que el insigne literato español don José Amador de los Ríos, refiriéndose al libro del doctor Rojas, reconoce que él revela «las raras y brillantes dotes de dialéctico pensador y controversista de que ha hecho larga muestra durante su vida literaria.»

En contra de las enseñanzas utilitarias se alzó un pensador que era al propio tiempo un grandísimo escritor en prosa y en verso. Este fue don José Eusebio Caro. Nació en Ocaña en 1817, y se formó en la propia escuela utilitarista que él mismo debía refutar más adelante de manera tan elocuente. Porque su genio luminoso no podía conformarse con esa moral basada sobre el cálculo de las probabilidades de placer y de pena, ni mirar impasible la invasión de un nuevo epicureísmo. Su talento generalizador se había enamorado

del idealismo de Platón, y en nombre del filósofo de las ideas puras, condenaba el rastrero materialismo de Bentham y de Tracy. Su *Carta a don Joaquín Mosquera sobre el principio de utilidad* es una de las grandes páginas filosóficas de Colombia; allí compiten la penetración del pensador, la precisión del matemático, la elevación del poeta. Recuerda, por el pensamiento y por el estilo, la insigne escuela neo-católica francesa, la de Bonald y de Maistre, y algo también del brio, de la arrogancia, de la elevación filosófico-poética del *Ensayo* de Donoso Cortés.

Hemos nombrado a José Eusebio Caro, y conducidos por este nombre célebre volvemos a entrar en el campo de la poesía. Hemos visto que ni durante la revolución ni en los tiempos de la Gran Colombia, la poesía granadina había tenido acentos dignos de los épicos acontecimientos que entonces se desarrollaban en el suelo americano. La poesía pseudo-clásica tímida y aun encogida de nuestros líricos parecía propia más bien de una época de calma pastoril e idílica. Este propio contraste se observa en Francia en el período de la revolución y en esos mismos años del siglo XIX ilustrados por la epopeya napoleónica; la poesía, honda, humana, sublime, estaba en los hechos históricos, y no hallaba resonancia en los pálidos versos de los poetas académicos, secuaces de una escuela agotada. Pero después de las conmociones políticas vino la revolución literaria, y casi a un tiempo resonaron los cantos de los más grandes líricos que ha producido Francia. Otro tanto ocurrió en la Nueva Granada.

José Eusebio Caro es el colombiano que con su vida y con sus obras, deja, de modo más evidente, la impresión del genio. Formóse en la escuela poética de Martínez de la Rosa y de Quintana, y en el noble dia-

lecto lírico que éstos usaban escribió sus primeros versos. Pero aún en éstos la genialidad de Caro rompe los lazos de las convenciones literarias y se manifiesta en rasgos de extraña y soñadora poesía. El alma del poeta estaba lista a recibir las impresiones de una nueva musa, la que había dictado sus hondas y varoniles quejas a Childe Harold; la que había dado alas angélicas a las etéreas meditaciones de Lamartine. Todos los grandes sentimientos tuvieron eco en el corazón de Caro, quien halló palabras inflamadas para hablar de Dios, de la libertad, de la patria; para eternizar los sufrimientos y deliquios de la pasión amorosa. Los versos de Caro suelen tener cierta dureza, que no procede de falta de oído musical en el poeta, sino de la naturaleza indómita del cantor, que se revela hasta en el broncíneo timbre de sus estrofas. Cantó temas eternos, pero de manera tan personal, que, comparadas con sus poesías las demás de la escuela romántica española, parecen proceder de otra fuente de inspiración. Fue poeta filósofo, con precisión de conceptos y rigor de expresión, a diferencia de los grandes románticos españoles, cuyo pensamiento flota indeciso, mostrándose alternativamente místicos e incrédulos, cristianos o adoradores del Profeta. Nadie ha expresado su vida íntima con más austera verdad; y si en ocasiones parece que su ardiente idealismo lo arranca a la vida real, podemos estar ciertos de que Caro en esos instantes, creía y afirmaba como hombre lo que expresaba como poeta. El cantor de *Héctor*, el que hizo hablar al *último Inca* en estrofas dignas de Carducci, el vate civil de *La libertad y el socialismo*, el divino poeta de los romances amorosos y de *La lágrima de felicidad*, figurará siempre entre los líricos más originales, puros y enérgicos de la América española.



Compañero de Caro fue Julio Arboleda, nacido, como él, en 1817. Su vida fue una leyenda romántica, y si hubiera fiorecido en el siglo XVI figuraría al lado de los Garcilasos y Ercillas. Hijo de ilustre familia, clásicamente formado en Inglaterra e Italia, de educación y gustos refinadísimos, poseedor de una gran fortuna, Arboleda se vio arrebatado por el torbellino político de su tiempo; y fue periodista y orador, general y hombre de estado, terminando su gloriosa y breve carrera víctima de alevé emboscada en montaña siniestra. Como orador, subyugó a amigos y adversarios por la brillantez y elegancia de su palabra, como lo testifica otro gran maestro de la tribuna, don José María Samper. Y nos dejó insigne muestra de esa elocuencia en el discurso con que dio posesión al presidente Mallarino. No era Arboleda un lírico por el estilo de Caro, sino más bien un cultivador del romanticismo histórico, un poeta épico y objetivo. Hijo de Popayán, la ciudad de las grandes tradiciones coloniales, se enamoró de sus leyendas, y trasladó a siglos remotos y encarnó en creaciones de su fantasía los sentimientos y las pasiones que eran alimento de su vida. Perdura en la forma de sus versos algo de la tradición clásica del siglo anterior, como vive también en los poemas juveniles del duque de Rivas; pero el espíritu de su poesía es francamente romántico, y si sus paisajes ofrecen, a veces, la armonía de líneas y colores del arte clásico, otras tienen la grandiosidad abrupta y trágica, los violentos contrastes de líneas y de sombras propios de la nueva escuela. Y en cuanto a los personajes, nadie negará que Pubenza es de la familia de Atala y que Alvaro de Oyón es de la estirpe de Giaour y del Corsario. El *Gonzalo de Oyón* es obra que sólo conocemos por fragmentos, a algunos de los cuales no dio el autor la úl-

tima mano. Si se juzga a Arboleda por los más débiles, puede considerársele, según lo ha hecho Cejador, como un frío versificador pseudo-clásico; pero si se tienen en cuenta los grandes cuadros, aquellos que podrían haber servido de tema al pincel fantástico de Gustavo Doré, debe reconocerse con justicia que un poeta de esa imaginación, de ese brío, de esa arrogancia de dición, de ese arranque varonil y magnánimo, no es indigno de figurar en el coro que ilustran los autores del *Moro Expósito* y de *Granada*.

Al lado de Caro y de Arboleda, que brillaron como relámpagos en el cielo de la patria, se destaca la procerca figura de don José Joaquín Ortiz, a quien su larga vida y preclaros merecimientos le aseguraron la representación de patriarca de nuestras letras. Nació en Tunja en 1814 y falleció en Bogotá en 1892. Consagró su existencia al servicio de la religión y al cultivo de la literatura. Con José Eusebio Caro redactó *La Estrella nacional*, primer periódico exclusivamente literario que hubo en la Nueva Granada. Sus ensayos juveniles, ya líricos, como *Horas de descanso*, ya dramáticos, como la tragedia *Sulma*, son débiles remedos de la poesía del siglo XVIII, y apenas anuncian al gran cantor que vino después. No fue Ortiz propiamente romántico, sino poeta de la escuela de Quintana y Olmedo; pero no se sustrajo a la influencia de Chateaubriand; y si sus odas son clásicas por la forma, suelen tener cierta vaga y solemne melancolía que hace de alguna de ellas verdaderas *Meditaciones*. Su prosa es correcta y de corte castellano, por la amplitud y sonoridad del período, pero demuestra la influencia de lecturas constantes de *El genio del cristianismo* y de las obras de Donoso Cortés. Ortiz es el poeta de la patria; el cantor de Bolívar;



el que supo unir amorosamente en sus versos recuerdos de España y de la Gran Colombia; el que celebró a *Los colonos* en versos dignos de Bello; y en *La gondolrina*, *Los sepulcros de la aldea* y *La última luz*, habló de la brevedad de la vida y de la majestad de la muerte en versos de elevación bíblica y de hondo y humano sentimiento. Ortiz tuvo numen poderoso y fuerte, que se explaya en grandes y resonantes estrofas; poseyó, como ningún colombiano, el *os magna sonaturum*; fue un poeta civil de la escuela de Pindaro; sublime, cuando la inspiración hincha pujante las velas de su nave; desmayado, cuando se halla entregado a sus solos recursos técnicos. Como poeta íntimo y subjetivo, como cantor del hogar, su personalidad se esfuma. Había nacido para el ágora, para la plaza pública. Aun en sus polémicas periodísticas de la inolvidable *Caridad*, se presentaba revestido de la toga y hablaba con majestad consular.

El romanticismo no limitó su influjo a la literatura, sino que invadió también el campo político, por imitación directa de Francia, que hechizaba a estos países con la magia de una revolución que derribaba dinastías y hacia un dictador republicano del maravilloso poeta de las *Meditaciones* y las *Armonías*. Siempre ha influido Francia de una manera decisiva en todas las manifestaciones de nuestra vida política, social y literaria; pero hacia mediados del siglo, en época de crisis revolucionaria y de violentas transformaciones, cuando Francia anunciaba al mundo el credo de la democracia por la voz elocuente de sus publicistas y pensadores, esa influencia no se mantenía en el campo de las ideas, sino que procuraba convertirse en hechos, transformando la sociedad y el régimen político y preparando el advenimiento de la nueva Colombia. Tipo del publicista

de entonces, en quien las aficiones poéticas compiten con el entusiasmo por los estudios económicos, políticos y sociales, fue el doctor José María Samper, el más fecundo de nuestros escritores, y que en vida gozó de una reputación continental como expositor apasionado y elocuente de las doctrinas democráticas y de las aspiraciones—a veces confusas—de los pueblos americanos. Hoy su reputación está un poco decaída, con injusticia notoria, pues su labor fue inmensa, variados sus conocimientos y grande su inteligencia. Lo perjudicó su misma fecundidad irrestañable, que hacía brotar de su taller libros sobre libros, sin darle tiempo a decantar el pensamiento y a dar a la forma esa perfección sin la cual las obras literarias no pueden sobrevivir a su época. Todo lo suyo lleva el sello de la improvisación atropellada y brillante, y este defecto se patentiza más en su obra poética, por ser más exigente y aristocrático el lenguaje del verso que el de la prosa. Varias son las colecciones poéticas de Samper, y en todas ellas se revela su extrema facilidad para versificar, que dilata su inspiración en gran número de versos incoloros, en vez de concentrarla en unas pocas estrofas de forma acabada y pulcra. En cambio, en prosa dejó páginas magníficas, que hacen honor al pensador y al literato; pues si no ofrecen gran primor artístico, están animadas por el fuego de una sincera elocuencia. En su inquieta juventud, Samper se exhibió en primera línea entre los sostenedores del liberalismo anticlerical, y con folletos como el titulado *El clero ultramontano*, publicado en 1857, dio ocasión a la hermosa réplica de las *Cartas de un sacerdote católico*, de don José Joaquín Ortiz. Por entonces sus maestros eran Michelet, Quinet, Girardin y el Lamennais de la época de la rebeldía. La vida parlamentaria de Samper es de las más

largas y completas que recuerdan nuestros anales, y tuvo ocasión de medirse con todos nuestros grandes oradores y con personajes de la talla del general Mosquera. Tenía voz robusta, arrogante presencia, aliento infatigable, que le permitía hacer uso de la palabra durante sesiones enteras sin sentir enflaquecimiento. No era uno de esos oradores que vencen al adversario con el rigor inexorable de su razonamiento; pero sí de los que lo postran con violentos golpes de maza. En la la edad viril, su conciencia sufrió una transformación profunda, y sin romper con todas sus ideas liberales, se declaró fervoroso católico, y por esta causa sufrió persecuciones. Esos cambios tan hondos y radicales, y al propio tiempo tan sinceros; esa perpetua agitación de pensamiento; esas luchas violentas del periodismo y del parlamento, alternadas con fraternales y sencillas reuniones literarias, pintan bien la vida colombiana en gran parte del siglo anterior. En la inmensa galería de las producciones de Samper, son dignos de leerse, como reflejo de una época y como documentos útiles para quien quiera hacer un estudio sociológico de la América española, libros como los titulados *Apuntamientos para la historia social y política de la Nueva Granada*, *Ensayo sobre las revoluciones políticas*, *Curso elemental de ciencia de la legislación*, *Galería nacional de hombres ilustres*, *Historia de un alma*, *El Libertador Simón Bolívar*, y su precioso comentario a la Constitución de 1886. Si hubiéramos de escoger algunos de sus trabajos poéticos, no acudiríamos a sus poesías líricas, sino a sus comedias, por ejemplo, a la titulada *Un alcalde a la antigua y dos primos a la moderna*, cuadro de costumbres mucho más apreciable que los dramas románticos de entonces. Samper nació en Honda, en 1828, y murió en 1888.

Se formaron al lado de Caro dos escritores fecundísimos, que en parte siguieron su dirección política y filosófica y sus huellas poéticas, aun cuando el maestro no hubiese podido participarles su inspiración excelsa. Y sin embargo, uno de ellos, hombre de rara fortuna, tuvo la suerte—no compartida por ningún otro poeta de su país, ni quizá de toda la América—de que uno de sus tomos de versos llevase una carta-prólogo de Lamartine. Llamábase ese compatriota don José María Torres Caicedo, y había nacido en Bogotá en 1830. En *La Civilización* de Caro publicó artículos de ardiente política y largas composiciones en verso sobre temas siempre elevados, pero con escasa inspiración poética. Herido en un duelo memorable, emigró a Europa pobre y con una bala entre el cuerpo; y en Francia, con su actividad de periodista y sus recursos de hombre de mundo, se formó una posición envidiable, que culminó en los años de oro del segundo imperio y en los primeros de la tercera república. Representó a su país y a otras naciones americanas. Presidió conferencias internacionales sobre propiedad literaria, en alguna de las cuales tomó asiento entre Víctor Hugo y Tuurgeneff. Fue miembro del instituto de Francia y de otras corporaciones sabias. Su nombre aparece citado en el *Derecho internacional codificado*, de Blunschié. Otros de sus libros llevan prefacios de Castelar y de Jules Janin. A tal punto llegó su prestigio, que el ilustre venezolano don Cecilio Acosta, tan superior a él en todo, escribía en 1879: «Es cosa fuera de duda hoy en el mundo civilizado que mi noble amigo el señor don José María Torres Caicedo pertenece al número de las notabilidades más encumbradas del mundo.» Y Torres Caicedo no tenía cualidades intelectuales de orden superior, pero sí un espíritu generoso, animado por ferviente americanismo,

y supo hacerse propagandista desde la tribuna universal de París de ideas simpáticas en todo el continente. Sus libros han envejecido mucho, como todas las obras de ocasión que no están avaladas por insignes méritos de estilo; pero son interesantes para conocer el movimiento de las ideas en un importante período del siglo pasado. Merecen especial recuerdo sus *Ensayos biográficos y de crítica literaria sobre los principales publicistas, historiadores, poetas y literatos de la América latina*. Sus poesías carecen de significación, no obstante el juicio lisonjero del eminente crítico italiano Cesáreo en la *Nuova Antología*, hecho que comprueba cuán difícil es la apreciación justa de versos escritos en extraño idioma.

El otro publicista a que nos referimos fue el doctor Manuel María Madieto. No tuvo éste la posición internacional de Torres Caicedo; pero fue, en su tiempo, conocido y apreciado en la América española. Era natural de Cartagena, en donde nació en 1815. Falleció en Bogotá en 1888. Era espiritualista y cristiano; pero su pensamiento solía flotar al influjo de teorías extrañas, y en alguna época de su vida fue secuaz de Allan Kardec. Tenía un estilo cortado a la francesa, en donde brillan rasgos de ingenio en medio de expresiones efectistas y arranques de declamación. Los mismos títulos de sus libros suelen ser extraños: *Una gran revolución o la razón del hombre juzgada por sí misma; Lumbres, flores y armonías*, etc. Su *Tratado de Derecho de gentes*, publicado en 1874, goza todavía de estimación en América. No está escrito en forma didáctica: discute con calor y tono de periodista las cuestiones, acomodándolas siempre a las soluciones más generosas. Las numerosas poesías de Madieto versan sobre altos asuntos religiosos, filosóficos y patrióticos; pero no pasan de la medianía,

con una sola excepción. Tuvo un momento de inspiración legítima y compuso el canto *Al Magdalena*, original, brioso, selvático bajo su vestidura netamente castellana, poesía que refleja los paisajes de la tierra tropical como el gran río copia magníficamente en sus aguas los bosques de la ribera. Si Madieto hubiera explotado esta vena de poesía americana, figuraría entre los mejores vates colombianos.

La segunda generación romántica tuvo tres grandes figuras poéticas: Rafael Núñez, Rafael Pombo y Jorge Isaacs. En todos tres se advierte la influencia de la literatura inglesa. En el primero por causa de su larga residencia en ese país; en los dos últimos, porque llevaban en sus venas sangre sajona. Núñez es la personalidad más grande de la política colombiana en los últimos cincuenta años; rehizo con el poder de su pluma lo que Mosquera había derribado con su espada triunfadora. Sus escritos constan en dos volúmenes: *Ensayos de crítica social*, publicado en Inglaterra, y la *Reforma política en Colombia*. Hay allí páginas dignas de un gran sociólogo por la profundidad con que analiza los fenómenos políticos y sociales y la alteza de pensamiento con que convierte el incidente pasajero en motivo de reflexiones de interés permanente. La obra política de Núñez es y será materia de honda controversia; pero nadie puede discutir la alteza de su genio, su admirable intuición de los hombres y de las cosas y esa maravillosa agilidad de pluma con que sortea las dificultades, paraliza de un solo golpe al adversario, coloca las cuestiones en puntos de vista nuevos e inesperados y fascina al lector, haciendo brillar la luz en las facetas de sus frases diamantinas. Es el prosista colombiano de estilo más conciso y denso, más lleno de expresiones que sorprenden y sacuden la inteligencia.

La *Reforma política* es uno de los libros capitales de nuestra literatura. Pero este gran luchador era también un gran poeta, y como poeta se hizo célebre en su juventud. Sobresalió en dos géneros: el filosófico y el amoroso. Su apasionado *Todavía* tiene vibraciones de la lira de Byron. El *Que sais-je?* y *Dulce ignorancia* expresan el hondo desencanto de quien vanamente busca en el mundo la explicación del destino humano, y no pudiendo arrancar a la ciencia la clave del enigma, levanta al cielo los brazos con gesto de desolación infinita. Entre los poetas que fueron víctima de la duda en el siglo pasado, Núñez es uno de los que han expresado su tortura interior con rigor lógico más implacable y con más hondo sentimiento humano. Don Juan Valera extrañaba que un hombre que parecía dudar de todo hubiese llegado a ser jefe de partido y presidente de la República. Pero hay que tener en cuenta que el escepticismo no representa sino una faz del pensamiento de Núñez, el cual, después de reducir a polvo, con análisis cruel, ilusiones y creencias, siente el horror del vacío; y, reuniendo los rotos fragmentos, se esfuerza por levantar con ellos un nuevo ideal, en cuya cima luce el fulgor del espiritualismo cristiano. Así surgieron *Sursum*, *Ideales*, *Psiquis*, *Véspero* y tantos otros cantos de inspiración tan profunda como serena. Faltó a Núñez, como poeta, el dominio acabado de la forma; no poseía oído muy fino; y así, al lado de versos admirables dejó escapar otros de áspera y rocallosa factura, como si fuera un gran poeta extranjero que escribiera versos en castellano. En ocasiones, el pensamiento filosófico aparece desnudo de galas poéticas. En cambio, cuando acierta, nos ofrece ideas profundísimas, como pocos poetas castellanos tienen, expresadas en fórmulas de insuperable concisión y de lapidaria belleza. Uno de los últimos cantos de

este poeta romántico tiene cierta vaguedad musical, como de sinfonía modernista: *Sideral* es una de sus mejores inspiraciones. Núñez nació en Cartagena, en 1825, y murió en la misma ciudad en 1894.

Rafael Pombo, hijo de Bogotá, en donde nació en 1833, es el más completo y quizá el más grande de los poetas colombianos. La poesía llenó casi por completo su larga existencia, pues empezó a escribir versos siendo un niño y continuó escribiéndolos hasta sus últimos días, a la avanzada edad de setenta y nueve años. Cultivó todos los géneros líricos, y su musa tuvo todos los tonos, desde el sublime de la oda hasta el sencillo y fácil del cuento infantil. Sintió la naturaleza como la han sentido los poetas del norte, y la pasión amorosa con el calor y la exuberancia de los trópicos. La mujer, como recuerdo, como aspiración, como realidad suprema, anima casi todas las grandes inspiraciones de Pombo. El poeta célibe vivió rodeado de las ideales figuras a que dio cuerpo y ser su fantasía. Escribió en su juventud, con el seudónimo de *Edda*, varios fragmentos de un poema, el primero de los cuales, titulado *Mi amor*, recorrió la América entera como obra de una poetisa desconocida, a quien se dio el título de «Safo cristiana.» *Edda* es la primera figura de la bella galería femenina que luce en los versos de Pombo y en la cual alternan seres reales, como Elvira Tracy y la gran pianista Teresa Carreño, la *Eva de los aires*, con las creaciones de la fantasía del poeta, como la virginal *Angelina* y la tentadora *Paula*. Los versos de Pombo nos permiten penetrar en las interioridades de un alma apasionada y turbulenta, de un temperamento de fuego, en donde las tempestades se formaban con tanta rapidez y estallaban con tanta violencia como en ciertas regiones de los trópicos. Así brotó la tremenda *Hora de tinieblas*,

en un raptó de desesperación y de misantropía, como se desprende el rayo de un cielo súbitamente conmovido por la tormenta. Ardía en el alma de Pombo la llama del deseo y no se extinguió ni aun con los hielos de la ancianidad: testigo, el soneto *Abisag*. Cultivó con suma originalidad ciertos géneros, como la elegía, la meditación erótico-descriptiva; poemas como el *Preludio de primavera* y *Decíamos ayer*, tienen la riqueza panorámica, la profundidad de sentimiento, la belleza sinfónica de las grandes elegías francesas y de las de Tennyson y Longfellow. En cambio, al cantar *El bambuco* derrama en sus estrofas fodo el calor y la exuberancia de la naturaleza en el valle del Cauca. El aristocrático cantor de *Las norteamericanas*, el misantrópico y sublime poeta de *El Niágara* se inspira en motivos de poesía popular al celebrar la alborada de *El torbellino a misa*, y crea, para regocijo de imaginaciones infantiles, las figuras de *Rin-Rin-Renacuajo*, *Simón el bobito*, *Doña Pánfaga*, que perduran en el olimpo de los niños al lado de *Ratoncito Pérez* y de *La cenicienta*. En medio de su fuerza creadora tuvo Pombo genialidades de excéntrico, y entre el concierto de voces de su arpa inmensa resuenan a veces notas ásperas y duras; tributo rendido por el numen a su caprichoso y despótico dueño. Los grandes cantos de Pombo pueden caracterizarse por aquella vibrante estrofa de *Decíamos ayer*:

Esas trombas de lírica armonía,
Infiernos de pasión divinizados,
En que nos arrebatan a porfía
Todos los embelesos conjurados.

Poeta de índole muy diversa fue Jorge Isaacs, en quien se unieron, como en Enrique Heine, varias y opuestas influencias atávicas, pues era colombiano de

nacimiento, de raza española por su madre e hijo de un inglés de raza judía. Nació en Cali, en el valle del Cauca, en 1837, y murió en Ibagué, en 1895. Muy joven aún, surgió en una noche a la celebridad con la lectura que hizo de sus poesías líricas en la tertulia literaria de *El Mosaico*, de que luégo hablaremos. Poco tiempo después, en 1867, publicó la *María*, la novela más popular de la América española. En esos dos libros encerró lo mejor y más puro de su inspiración. Hay en las obras de Isaacs un vago perfume oriental, como el que se exhala de un antiguo cofre familiar; una melancólica nostalgia, como la de los hebreos que colgaban sus arpas en los sauces a orillas de los ríos de Babilonia; una delicada fantasía descriptiva que, empleando unas veces tonos esfumados y tenues, haciendo uso en ocasiones de pinceladas vívidas y luminosas, nos presenta bellos y románticos panoramas. Pero en Isaacs, al lado de la poesía del ensueño, que produce joyas como *Río Moro* y *La Oración*, vemos la poesía de la realidad, que se manifiesta en composiciones de vivac y de costumbres aldeanas llenas de inspiración popular, v. gr., *Amores de Soledad*, *la reina del campamento*, *El cabo Muñoz*, etc. En *María* se mezclan la inspiración idealista, que es el alma del virginal idilio, con la poesía familiar, que le da como fondo escenas humildes de la vida diaria. Isaacs compuso a *María* renovando, con el reactivo del arte, los recuerdos de sus años de adolescente pasados en una de las más bellas haciendas del Cauca. Su heroína, real o fantástica—que éste es punto no resuelto,—es una hermana de Atala y de Virginia. Y si Efraín es un autorretrato, no puede decirse que en esta ocasión el pincel se mostrara esquivo para con su dueño. La parte descriptiva tiene en *María* singular importancia. Isaacs dio

carta de naturaleza en el arte a los paisajes del Cauca, como Chateaubriand lo había hecho con los bosques y llanuras del Canadá. Ambos escritores reflejaron en su imaginación originales aspectos de la naturaleza virgen del Nuevo Mundo, realzando los rasgos pintorescos con el poder de sugestión que posee la palabra humana. *Marta* ha sido traducida a varios idiomas, ha merecido el homenaje del gran público y el fallo favorable de los jueces de gusto más delicado. Es obra maestra de arte espontáneo: esto explica sus lunares y constituye, por otro lado, su mayor hechizo. En su edad madura publicó Isaacs el primer canto de un poema titulado *Saulo*, obra oscura e incoherente, que parece preludiar ciertas producciones enigmáticas del simbolismo. En cambio, su canto en honor de Antioquia, titulado *La tierra de Córdoba*, tiene bellas estrofas descriptivas. Queda de Isaacs un libro en prosa: *La revolución radical en Antioquia*, testimonio del desdichado paso por la política de aquel cisne del Norte que vino a mojar sus blancas plumas en las ondas azules de los ríos del Cauca.

Si en la poesía tuvo el romanticismo tan rico florecimiento; si en la novela nos dio un modelo de idilio amoroso, no tuvo igual ni parecida fortuna en el género dramático, no obstante el ejemplo triunfador de los grandes dramaturgos españoles. Sucedióle al drama romántico lo que antes le había acontecido a la tragedia clásica: no halló terreno propicio en donde arraigar, y apenas dio muestras de sí en débiles e intermitentes ensayos. Véase esto claramente en las obras de un ilustre varón, que por su gran precocidad fue llamado «portentoso» por sus maestros, y que entre los veinte y los veinticinco años publicó una colección de poesías líricas y dos dramas originales. Llamábase don

Santiago Pérez. Era natural de Zipaquirá, en donde nació en 1830. Sus *Ensayos líricos* representan la nota falsa del sentimentalismo romántico, tan contrario a la índole literaria del autor, que éste miraba con enfado aquellos inocentes pecados de la adolescencia. No era igualmente inofensivo el drama *Jacobo Molay*, escrito, en 1851, en el breve espacio de diez tardes, como dice su prologuista el doctor Lleras y que encarna muy bien las tendencias de la escuela de los discípulos de Dumas, aficionados a los temas pseudo-históricos, a la presentación de escabrosos conflictos morales, a lances de asesinatos, suicidios, raptos, torturas y reconocimientos imprevistos de personajes; en suma, a cuanto pudiera excitar los nervios. De la absurda concepción de *Jacobo Molay* dio buena cuenta don Mariano Ospina en un artículo célebre, que fue como toque funeral del romanticismo decadente. En 1853 publicó el señor Pérez el drama *El castillo de Berkeley*, del mismo género del anterior, pero de concepción moral más sana. No faltan las forzosas escenas de subterráneo, puñal y transformación de un personaje; pero tiene pasajes, como la escena décima del acto cuarto y la segunda del último, que están escritos en el tono sobrio y levantado de la verdadera tragedia y revelan la rápida evolución que se iba verificando en la mente juvenil del autor. Es lástima que don Santiago Pérez hubiese abandonado para siempre el teatro, pues habría podido escribir dramas caballerescos dignos de figurar entre los de los buenos poetas españoles. Pero si como poeta su obra es fragmentaria, en cambio como prosista ocupó don Santiago puesto de honor entre los primeros escritores colombianos. El descuidado romántico se había convertido en un artista del gusto más puro e intachable, y sus artículos de periódico son modelo de prosa

castellana, clara, enérgica, rotunda, con reflejos y vibraciones de acero. Redactó, en unión de otros dos eminentes publicistas—don Felipe Zapata y don Tomás Cuenca—*El Mensajero*, y es célebre en los anales del país la campaña de este periódico contra la dictadura del general Mosquera. Dejó algunos discursos académicos, que figuran entre las páginas de oro de la prosa colombiana, como modelo de alto pensar, de noble sentir, de expresión transparente y diamantina, abrillanada con el fulgor de magníficas imágenes. El señor Pérez fue presidente de la República.

El segundo de esta familia—cronológica y espiritualmente—don Felipe Pérez, ocupa puesto muy distinguido entre los polígrafos colombianos; y, en el género de que ahora tratamos, dejó un ensayo de drama histórico, con el título de *Gonzalo Pizarro*. Los temas de la antigua historia del Perú interesaron especialmente al señor Pérez, quien los explotó igualmente en narraciones novelescas, de género también romántico, como las tituladas *Jilma*, *Los Pizarros* y *Atahualpa*. En el prólogo del drama escribió el eminente doctor Manuel Ancizar: «Desde el momento en que el poeta elige por tema un suceso histórico, ya no es ni debe ser libre en el desempeño, pues tiene que consultar y seguir el espíritu de la época, la realidad de los hechos que quiere traer a la escena, el carácter de los personajes actores y las circunstancias en que se encontraron.» Teoría muy sensata, análoga a la que había desarrollado, con profunda crítica, el gran poeta Manzoni en su carta a Mr. Chauvet sobre las unidades dramáticas. El señor Ancizar declara que el autor de *Gonzalo Pizarro* se atuvo a esa prescripción y se empapó en el espíritu de las crónicas, y puede agregarse que quiso dar a su pieza color local con el uso de ciertos térmi-

nos indígenas. Por lo demás, la fama de don Felipe Pérez no reposa en sus versos, sino en sus campañas periodísticas en *El Relator*, en donde mostró, si no dotes de grande estilista, sí de hábil y diestro luchador, que sabía manejar todos los recursos de la prensa moderna con discreción, decoro y, en ocasiones, con elevada imparcialidad.

Otros dos poetas menores del romanticismo, don Germán Gutiérrez de Piñeres y don Lázaro María Pérez, cultivaron el teatro, a par de la poesía lírica: Uno y otro escribieron poesías melódicas y sentimentales, y vive su recuerdo en algunas gallardas estrofas. Piñeres escribió el drama *El Oidor*, cuya acción pasa en la Santafé colonial y en donde es figura principal el célebre oidor Cortés de Mesa. Pérez prefirió asuntos europeos para sus dramas *Elvira* y *La cordelera*. El primero siguió la tradición romántica de presentar a los monarcas—en este caso se trata del rey Felipe IV—moralmente humillados y vencidos por sus vasallos. *La cordelera* pasa en Italia, patria predilecta de los asuntos trágicos. De esta pieza hizo Joaquín Pablo Posada una cruel crítica en verso, que es otro síntoma de que el gusto buscaba nueva orientación. Y efectivamente, a mediados del siglo, el romanticismo estaba agotado: en poesía lírica sus cultivadores adocenados habían abusado del falso sentimentalismo, de las leyendas lúgubres, de la imitación zorriillesca y de las octavas con finales agudos. En el teatro, los pocos dramas que hemos citado, además de defectos intrínsecos, tienen el pecado capital de carecer de verdadera poesía y de no ofrecer méritos de estilo: deficiencias imperdonables en una escuela que supo revestir sus concepciones, no siempre lógicas ni humanas, con el manto de la más esplendorosa poesía. Dramas tan célebres como *El trovador* y *Don Juan Tenorio* ofre-

cen asidero a observaciones de fondo de una crítica imparcial; pero nadie que sienta la armonía de la versificación castellana podrá permanecer indiferente y frío ante la arrulladora música de las escenas de amor de ambos poemas.

En 1851 se publicó *El Doctor Temis*, obra juvenil y única del doctor José María Angel Gaitán (1819-1851). Esta novela ha gozado de cierta reputación tradicional; y Laverde Amaya escribió «que muchos años pasarán antes de que desaparezcan por completo la novedad y el aliciente que tiene para los bogotanos.» El autor es cogió una época que ha dejado trágico recuerdo: aquella en que Bogotá fue víctima de la cuadrilla de ladrones de Russi. Tenía el malogrado joven condiciones para novelista de costumbres; pero descarriado por la lectura de los novelones de folletín que estaban de moda, hizo una obra semiromántica llena de lances absurdos y de tipos falsos, que, a pesar de los episodios de robos, raptos, conciliábulos en horribles antros, muertes, etc., no interesa, y que no está realzada por méritos de composición ni de estilo. Bien es cierto que, como lo expuso su primer prologuista, el doctor Maldonado Castro, *El Doctor Temis* fue escrito en unos pocos días de vacaciones.

(Continuará)

ANTONIO GOMEZ RESTREPO

REVISTA

del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Publicada bajo la dirección de la Consiliatura

ACTOS OFICIALES DEL COLEGIO.—FILOSOFIA.—CIENCIAS.
LITERATURA, ETC.

Se publica un número de 64 páginas el día primero de cada mes, excepto enero y diciembre.

Sólo se canjea con revistas y publicaciones análogas.

Número suelto.....\$ 0,20 oro

Suscripción por año (adelantada)..... 2,00 »

Número atrasado..... 0,30 »

Para todo lo relativo a la REVISTA, dirigirse al Administrador, señor don Carlos Lozano y Lozano, apartado de correos número 72.

Se envían por correo números y suscripciones fuera de la ciudad, siempre que venga el valor del pedido.



Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico